

LA INVESTIGACIÓN DESDE LA DIVERSIDAD. LA URGENCIA DE UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA.

Carlos Martínez Barragán



LA INVESTIGACIÓN DESDE LA DIVERSIDAD. LA URGENCIA DE UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA.

En este número siete, la Revista Sonda se ha visto favorecida con la confianza de muchos autores que nos han honrado con su esfuerzo y ha puesto su trabajo a nuestra consideración. Por eso, esta presentación comienza con estas palabras de agradecimiento a los investigadores y creadores que participan en este número 7.

Esta buena acogida es resultado de varios factores que tenemos en cuenta y los valoramos en su justa medida. Que la revista esté integrada en el Departamento de Dibujo de la Universidad Politécnica de Valencia ha significado un respaldo académico que se concreta en la recepción de un mayor número de ensayos enviados desde diversos puntos geográficos y de diferentes ámbitos de investigación y creación. Pero creemos que es necesario hacer este subrayado porque la revista sigue manteniendo casi el mismo comité científico y el consejo internacional y editorial. Las normas de publicación son las mismas con pequeños cambios: se ha ampliado al ensayo visual y las reseñas. Y las indexaciones, la única promesa de retribución que ofrecemos a los colaboradores, siguen siendo las mismas que cuando Sonda estaba dirigida por Guillermo Cano. Esto quiere decir que, aunque la universidad últimamente ha recibido grandes golpes en su dignidad institucional, sigue siendo garante de compromiso intelectual, de lugar de encuentro y desarrollo de opiniones e ideas y de prestigio académico.

Sabíamos que Sonda iba a recibir este respaldo de la institución, y nos resistíamos a cederlo desde nuestra editorial independiente que había logrado, por méritos propios, las indexaciones de las que ahora nos beneficiamos todos los participantes de Sonda. Nuestra reticencia nacía de experiencias personales un tanto amargas con la institución universitaria, pero el especialmente, por el sentido jerárquico de la institución. Una jerarquía que, en muchos casos, la sentíamos como obsoleta e inoperante, además de impositiva y rígida. Pero el hecho que viva en la universidad un espíritu más igualitario, crítico y dialogante nos convenció de que Sonda podía ser parte de la misión universitaria, apoyando en la medida

de sus posibilidades, la docencia y la investigación entendida como una mancuerna inseparable.

El anuncio de que Sonda iba a entrar a ser parte del Departamento de Dibujo inmediatamente despertó un cierto recelo en su denominación. Su nombre era Revista Sonda: Investigación y Docencia en las Artes Y Letras. Voces especialistas nos aconsejaban retirar del título Docencia, ya que parece ser que las preocupaciones docentes (esas que son las que forman, crean y motivan a los sujetos investigadores) rebajan la calidad de la investigación de una forma que aún no nos queda clara.

Cedimos a los consejos en favor de una claridad epistemológica, pero con la sensación de haber perdido una parte importante del esfuerzo que Guillermo Cano y Pablo García habían puesto en la creación de Sonda. Esta es, en verdad, una confesión, pero no se hace con la necesidad de la penitencia y el perdón, sino para dejar claro que los aspectos que tienen que ver con la investigación en docencia siempre tendrán cabida en nuestra revista y que, en el momento adecuado, recuperaremos ese espíritu docente en el nombre de Sonda.

Afortunadamente no ha decaído el interés de los articulistas en los aspectos de la docencia en artes y en este número publicamos algunos de los que hemos recibido. Otros están en proceso de revisión y esperamos contar con ellos para el próximo número 8.

En este número inauguramos la sección de reseñas que, esperamos, empiece a ser del interés de todos los lectores y autores colaboradores. Es una sección que no está evaluada por pares, por lo que la hace más flexible y abierta, sin que esto sea un demérito de su posible calidad y profundidad. Ejemplo de ello es la excelente reseña que Román de la Calle nos ha regalado para la inauguración del número 7. Charles Batteux. *Las Bellas Artes reducidas a un único principio*. Valencia, PUV. 2016. 202 páginas. Traducción Josep Monter y Benedicta Chilet. Este es el libro reseñado por Román de la Calle de una manera magistral. La contextualización que nos da sobre el momento en que se escribió el libro y lo que supuso para el autor, nos permite asomarnos a las

vicisitudes ilustradas que tuvieron una repercusión enorme conformando pensamiento, ciencia y arte de los siglos posteriores. El único principio sobre el que giran las preocupaciones de los artistas, el de la mimesis, se equilibra por el principio de expresión que Batteux introduce en su sistema de las artes para justificar el aspecto utilitario de la arquitectura y el de la literatura, que Román de la Calle nos hace ver convenientemente.

Es curioso ver que esta nueva edición del libro de Batteux realizada por la Universidad de Valencia, aparezca en el apogeo de la “licuación” de los principios de la modernidad en las que estamos inmersos. Podríamos aventurar a decir que el principio en el que giran ahora nuestras preocupaciones culturales, ya que lo artístico parece ser también un reducto moderno que va siendo hora superar, es el de la diversidad. Un oxímoron que nos permitimos en este momento de sobre-modernidad exaltada, donde la contradicción no resulta paralizante sino todo lo contrario, una forma de ampliar las posibilidades del hacer.

No pretendemos hacer una relación simplista entre el principio expuesto por Batteux y el que se ha usado más como recurso formal que como intención de elaborar un discurso más amplio. Pero lo que si podemos constatar es que la diversidad en todos los niveles de la creación artística (y también lo que permite la investigación que se entiende como científica), no es ya sólo la consecuencia de la globalización capitalista en la que estamos sumergidos, sino es una situación buscada por muchos de los individuos de las sociedades contemporáneas.

La diversidad es una especie de garantía de satisfacción, una forma de asegurarnos que, de una u otra forma, se cumplirán las expectativas experienciales sobre la cotidianidad. Es como si el sistema de producción capitalista, globalizado y simbólico, hubiese conformado nuestra vida cotidiana en todos sus aspectos. Sabemos que podemos satisfacer casi todos los deseos y necesidades de nuestras identidades fluctuantes y nuestros cuerpos divididos en partes más pequeñas. Lo único que necesitamos es el capital para llevarlas al cabo. El gran problema surge cuando sabemos que no tenemos ese capital. Tal vez, entonces, vivimos esperanzados, llenos de posibilidades, de ensueños que se van sucediendo unos a otros. Y para eso tenemos a la tecnología, que nos ha reducido ese mundo de ensueño al tamaño de la pantalla de un teléfono que podemos llevar a todas partes y en todo momento. Además, podemos

percatarnos que no estamos solos en esa conformación del ensueño.

El principio de la mimesis ya no rige nuestros esfuerzos artístico-creativos como en la ilustración, pero no ha desaparecido. Han pasado ya 100 años del intento de las vanguardias de cambiar de paradigma, lo que nos permite ahora recuperarlo sin necesidad de dar demasiadas explicaciones. Sin la pretensión de afinar y perfeccionar la naturaleza, ahora nos damos a la tarea de la imitación por diversas razones. Para emular a las máquinas y usar a las máquinas para replicar formalmente la realidad; para crear una realidad que parezca más realidad aumentando las implicaciones sensoriales de la percepción; para controlar y vigilar; para parecer ser; para enseñar y aprender; para divertirse; para convencer y seducir; para vender y consumir; ... Y todo ello en base a la imagen mimética producto de la incorporación de la tecnología en la creación de la representación.

Por supuesto que la abstracción, la geometización, la exaltación de la formalidad siguen siendo recursos que exponen adecuadamente ciertos significados contemporáneos, pero ahora conviven en un mismo objeto artístico o cultural sin las contradicciones que hasta hace cincuenta años existían entre mimesis y abstracción. Esta convivencia “pacífica”, es tan solo una ilusión, porque a pesar de que nuestras sociedades son altamente permisivas, los orígenes de toda manifestación cultural siguen latentes en ellas y fácilmente variarán hacia posturas más o menos radicales si el entorno se vuelve menos permisivo.

Todo esto lo traemos a colación porque esta tendencia a la diversidad nos beneficia como línea editorial. Hasta hace muy poco tiempo, la diversidad de los temas que recoge Sonda hubieran sido vistos como la debilidad de un medio de publicación naciente sin el adecuado apoyo institucional. Sin embargo, ahora, la diversidad en los contenidos y puntos de vista que publica Sonda es una de sus características que seguiremos conservando obedeciendo a uno de los principios de la diversidad, la de dar voz a todos los que quieran compartir sus esfuerzos en la investigación, en la creación y en la docencia de las artes y la letras.

Carlos Martínez Barragán.